

Los aires de Zumpahuacán

Del conjunto de relatos colectados en Zumpahuacán, Estado de México, en tres periodos (2008, 2010-11 y 2016), mostramos los que tratan de los “aires” o “aigres”.

El municipio de Zumpahuacán¹ se ubica al sur del Estado de México, en la colindancia con los estados de Morelos y Guerrero, a una altura promedio de 2000 msnm. Según el Censo general de población y vivienda (2010) cuenta con 16 149 habitantes distribuidos en 30 rancherías y comunidades. El 25% de la población económicamente activa se dedica a labores agropecuarias y a ellas se orienta el 60% del territorio del municipio de 200.3 kms. De esta superficie, el 68% no cuenta con riego y se siembra con tecnología incipiente maíz, calabaza y frijol para el autoabastecimiento. En las tierras de regadío se cultivan hortalizas y frutas, destinadas a la casa y al mercado local y regional. Sobre todo se cultiva flor, producto de exportación que ha impulsado la economía local de manera significativa, al igual que la fresa. Alrededor del 25% del territorio municipal es de agostadero y los productos (carne, lácteos) se destinan al consumo familiar y al mercado

¹ En el territorio de este municipio existen vestigios de asentamientos seminómadas 2500 años a. C. y de comunidades urbanizadas alrededor del año 600 a. C. Se ha fijado la presencia de los tecuanipantlecas de origen chichimeca y lengua nahua tras el derrumbe de Tula (1156), así como el posterior arribo de los matlazincas y, a principios del siglo xv, el de los mexicas, quienes finalmente dominaron la zona. Hacia 1530 el pueblo fue encomendado a Alonso de la Serna con la obligación de prestar servicios a las minas de Zacualpan. Pronto decayó debido las devastadoras epidemias y su población sólo se recuperó hasta principios del siglo xviii. La participación del pueblo en la revuelta vida política del siglo xix al parecer fue escasa, no así en el siglo xx, pues la comunidad se mostró afín a los grupos zapatistas (1910-1920) y manifestó cierta adhesión a la cruzada cristera (1926-1929) (cf. Hernández Rodríguez, 1997: 9-16; Casanova, 1999: 23-77).

local. De las zonas accidentadas se extrae el agave silvestre para elaborar mezcal en pequeños y rudimentarios alambiques, así como hojas de palma, materia prima de diversos objetos artesanales de consumo regional. Como sucede en la mayoría de este tipo de comunidades rurales de México, los indicadores socioeconómicos muestran un grado de marginación alto para el municipio. Esta penuria económica es el detonante del paulatino movimiento migratorio —en forma temporal o periódica— hacia la Ciudad de México y otras poblaciones grandes y medianas del Estado de México y Morelos, y, a partir de los años noventa, también a Estados Unidos.

La creencia en los aires, figuras de matriz indígena mesoamericana, está muy extendida entre los grupos indígenas y las comunidades rurales del centro y sur del país. Las variantes regionales entre estas entidades son notables pero la característica definitoria es que se configuran como seres sobrenaturales que agreden a los humanos.

Los aires se encuentran en constante interacción con el ser humano y sus actos no son sino una parte del vasto proceso de generación y regeneración del cosmos, afirma López Austin (1990: 476-478). En este movimiento actúan para obtener la materia vital, como cualquier ser vivo. Su principal sustento es el ser humano; de él sólo toma la “fuerza anímica”, acto que provoca que enferme y a la postre cause la muerte de la persona. De ahí que generalmente sean considerados como seres nocivos que se adhieren o penetran el cuerpo y lo dañan con enfermedades vinculadas en la medicina tradicional al humor frío y la humedad.

Casi siempre a la “enfermedad” propiciada por los aires se le denomina “susto” o “espanto” y se le define como la “pérdida del alma” en las comunidades mestizas o también como la pérdida de alguna de las “entidades anímicas” en las comunidades que mantienen la cosmovisión mesoamericana. En ambos casos, esta pérdida tiene su origen en una impresión fuerte y repentina, un “shock emotivo”.

En los relatos de Zumpahucán los aires obran fundamentalmente como causantes de enfermedades pues no aparecen vin-

culados al ciclo del maíz o a los cultivos tradicionales, aunque permanecen ligados al campo simbólico del agua porque habitan ríos, pozas, manantiales y se manifiestan en forma de fenómenos meteorológicos como la lluvia, el granizo, el arcoiris, el viento, “colas de agua” y torbellinos o como seres vinculados al agua, como la serpiente. Los aires atacan al ser humano cuando éste se introduce en su territorio.

Con frecuencia el ataque de los aires asume la figura del “enamoramamiento”, pues son sexuados (hay “aires macho” y “aires hembra”). Desean apropiarse de una persona de otro sexo seduciéndola, “enamorándola”. En este acto de “enamoramamiento” las personas enferman y, cuando los aires las retienen, se casan con ellas y éstas mueren. Pero también es posible que procreen con los humanos sin enfermarlos.

El ataque de los aires se desarrolla no sólo por la seducción. También castigan a quienes no acatan su voluntad. Cuando las personas entran en su territorio —el espacio donde el aire se ostenta como dueño del lugar— deben comportarse de manera apropiada para evitar que su intrusión dé lugar al “enojo” y al consecuente castigo de los aires. Es preciso, en el marco de relaciones de reciprocidad, obtener ritualmente su favor mediante súplicas, ofrecimientos, promesas, donaciones, permisos y prácticas sanatorias y preventivas de carácter ritual. Los aires, por otro lado, también explican la riqueza de ciertas personas. Se hacen pactos con los aires a cambio del alma.

Por último, la narrativa de Zumpahuacán tiene un especial relieve y un aire proteico y al mismo tiempo parcialmente individualizado que se ostenta como el rey y protector del poblado. Sus hechos han dado lugar a una variada gama de relatos con múltiples versiones.

MARCO URDAPILLETA MUÑOZ
Universidad Autónoma del
Estado de México

1. [El aire enamorado]

Creo que sucedió por San Pablo, ya tiene un buen de años, cuando la gente lavaba su ropa en los ríos, arroyos. Antis estaban bien limpios, no como ora; antis todos lavaban en el río.

Una muchacha taba lavando, cuando que ve que por el cerro viene un aguacero y ella pensó: “¡Ay!, me voy apurar, porque ya viene el agua y me va a mojar la ropa que ya tengo seca”. Y siguió lavando, pero más rápido, la poquita que le hacía falta. Entonces llovió pero si hasta como que el cerro se oscureció de lo fuerte que estaba, pero donde estaba ella, en la poza del río, nada más llovizó poquito, de esa agua que nomás refresca pero no moja. Bueno, siguió lavando y como que se alegró, porque así iba acabar rápido de lavar... bueno... pasó, ¿no? Pero después de un ratito que oye cómo alguien se aventó a la poza de abajo del río (estaba otra poza más abajito de donde estaba ella), entonces, voltió, le dio curiosidad, pienso. Vio que un muchacho bien bonito la veía, le hablaba, le decía que se fuera a bañar con él. La muchacha le dijo que no, pero él le insistía. Bueno, a la muchacha le dio miedo porque estaba solita, y juntó su ropa y se fue. El muchacho le decía que fuera a verlo, le insistía mucho, pero ella ni le hacía caso. Juntó su ropa y se jue, pero al subir una lomita que estaba en el río, de ahí se venía el río, la muchacha voltió y vio que el muchacho se convirtió en un culebrón grandísimo, pero señor culebrón, y después se hizo en arcoiris con unos colores bien bonitos y olía hartito a zoquiaqui.² La muchacha como pudo se fue a su casa, llegó la pobre muchacha a su casa. Sí, la muchacha se espantó, porque le agarró la temblorina, y después ya no pudo hablar ni moverse, se quedó así espantada. Sus gentes pensaron luego luego que le agarrarían los aires, porque venía de lavar, y otra cosa que le pasara en el camino que no, porque

² Es el acortamiento de la palabra náhuatl *xoquializtli* que significa “olor fétido”. En particular se hace alusión al olor del azufre o del huevo.

preguntaron, averiguaron y pues no estaba lastimada ni nada, nada más taba espantada, pues. Todos dijeron que a lo mejor fueron los aires que le agarraron porque vieron que el arcoiris salió de onde taba ella, ¿no? Bueno, pasó y su gente la empezó a curar de espanto, con las hierbas, pues. Después la muchacha empezó hablar y a ser como antis. Ya cuando pudo hablar esta muchacha les contó a sus gentes que el muchacho que vio en la poza la venía a ver ahí donde taba ella. Que cuando la curaban él lloraba porque le decía que se juera con él, que era un rey y que le iba a dar todo lo que quisiera pero que se fuera con él. Dici ella que le rogaba que se fuera con él, le suplicaba y que a él no le gustaba que la curaran que porque entre más la curaran, él se sentía mal y, que cuando se curara, él ya no iba a poder venir a verla y que cuando ella se curó, él ya no vino.

Si la muchacha aceptaba irse con él se iba a morir y vivir como reina, pero airecito, no se iba a ir con Diosito. Siquiera la muchacha no aceptó, si no se hubiera muerto. Son muy peligrosos los airecitos: se llevan a las gentes cuando se enamoran de ellos. Sí, pero esa muchacha no se jue, se curó.

*Anónimo, ama de casa, 44 años.
30 de noviembre de 2011.*

2. [El hijo de la airecita]

Les voy a decir una historia, a mí me la contó mi papá. Había una vez un muchacho que comenzaba la adolescencia, se empezaba a enamorar, a tener gusto por las mujeres, atracción. Ese muchacho anda buscado una mujer. Se cuenta que antes de utilizar drenaje, servicios públicos, se iban a bañar a los arroyos, a los lagos, a los pequeños arroyitos, donde hubiera una poza. El muchacho pensó: “a ver qué me encuentro”, y se fue por un río. Caminando, empezó a oír como cuando se están bañando. Se oye como que brota el agua, cómo se la avientan, juegan: “Aquí habrá algo”.

Vio unas muchachas y él, como todo ser humano y hombre, se le arrimó a una, le empezó a platicar, hablar, la quiso hacer su novia; le comentó eso y, bueno, le entró:

– Pero vas a venir a recoger tu hijo dentro de un año.

El muchacho se sorprendió:

– ¡Ah chiguagua! ¿Qué pasó aquí?

Pasó el año y se llegó la fecha en que lo citó aquella muchacha misteriosa, porque no sabía quién era ni de dónde era. Fue a la cita. Llegó a la poza del año pasado, apareció la muchacha y llevaba su pequeño hijo en sus brazos, casi recién nacido:

– Ten, te encargo a tu hijo, es tu hijo, cuídalo bien.

En aquel momento el muchacho como que despertó o reaccionó cuando se iba la muchacha. Al voltear ya no era una muchacha, sino que era una serpiente o culebra, pero no una serpiente ordinaria, sino que muy grande, espantosa; la serpiente se fue entre el agua. Entonces aquel muchacho acabó sorprendido. Él la vio como una mujer muy bonita, pero al regresar la mirada ya no era una mujer, sino que una serpiente moustrosa. El muchacho vio cómo se alejó esa serpiente y él también se fue. El niño no era un niño ordinario, era sobrenatural, tenía poderes.

Pasaron los años y pues el niño se convirtió en un gran hombre. Tuvo la inclinación por las fuerza armadas, por el ejército. Ahí tuvo muchos méritos, lo ascendieron a rango de general, es el máximo rango. En las guerras que había con quien estuviera obstruyendo la ley, en las balaceras, era como un poder muy misterioso: sin utilizar ningún chaleco antibalas no le traspasaban las balas; su piel era impenetrable como si estuviera blindada. Fue muy misterioso, se cree que sí fue producto de una mujer airecita.

Estas personas, los airecitos, pues, se podría decir que son almas en pena, que tal vez nunca tuvieron descanso, tal vez porque no se sabe la manera en que murieron o algunos otros creen que no los manda ni Dios ni el diablo, sino que están en un intervalo de Bien y el Mal, porque a veces pueden ser buenos o malos, según el tiempo y el lugar en el que se encuentren.

*Alberto Medina Mérida, 16 años, estudiante.
2 de noviembre de 2008.*

3. [La banda de viento de los aires]

Se oye como una banda que empieza como a tocar así a lo lejos, y yo hasta me he puesto así, como atención: “bueno, ¿a dónde se oye?, ¿qué banda?”. Pero es ahí en el arroyo, y se oye ahí en eso de Acamilpa y del otro arroyo, del que viene de aquí del terrón, hasta donde hace la vueltita. De ahí para abajo se escucha esa música cuando van a ser las doce, como cuarto para las doce. Había yo puesto como atención en esos días cuando iba yo a lavar, que por ahí se empezaba a escuchar. Y después, más al ratito, se oye como gente hablar; como cuando está uno en una fiesta, así se oye: la gente como que habla, y yo hasta decía: “sí, sin duda alguna éstos son los airecitos”.

Y me apuraba yo a lavar, y se oía bien, de ahí de esa piedra lisita de donde lavo, a esa piedra lisita de ese lado, del lado izquierdo, de a donde está esa piedra lisa, ahí se oye, pero adentro, así como para dentro se oye; de la poza, para dentro, así en el agua se oye qué cosa hablan... y hablan y hablan. No se entiende bien qué cosa hablan, pero se oye un habladero así adentro, como voces; pero haga de cuenta así como cuando está uno en una fiesta: que hablan y hablan y uno comenta una cosa, otra comenta otra y que ya no se escuchan ni qué cosa están hablando pero así se oye, como una fiesta, pero como a las doce o como cuarto para las doce [del día] y tarda harto rato.

Y, después, yo ya no me daba cuenta, como ya no se oía nada, pero bien me hacía yo lavando como dos horas. Cuando me iba yo al cuarto... como once y media, me iba yo a las doce. Y luego, así se empezaba a escuchar, así, como ese ruido que hablaban, pero luego a veces llegaba otra gente a lavar, o nomás así se quedaba, así, como que se me olvidaba, así como en un ratito que se me olvida y ya, ya no se oía nada. Pero es porque, según se comenta, que de ahí de ese arroyito para arriba, que ahí son las meras oficinas de los meros grandotes de los aires. Y para mí que sí es eso porque ahí en ese arroyito hay muchos lugarcitos muy misteriosos. Todo ese arroyito hasta allá donde empieza el mero

mero arroyito, es muy misterioso, como sombroso; pero es agüita bien buena, bien buena que está esa agüita y cómo limpia de bonito esa agüita.

*Adela Mérida Salinas, 44 años, ama de casa.
7 de agosto de 2011.*

4. [La señora a la que se llevaron los aires]

La mamá de Domingo y de Timotea que se fue llorando a lavar, y cuando regresó con su ropa ya regresó llena de fiebre y convulsiones, ataques... Y después que no se aliviaba y no se aliviaba, y le buscaron un curandero que se llamaba don José, y que ese don José dijo que lo que tenía eran aires, que ya la habían encontrado llorando los aires... el aire que se la llevó. Entonces dice que después les tomó la opinión, que si querían verla y que si tenían valor que se fueran con él pa que la vieran. Y después dice que ya se fue. Pero le llevaban dinero, llevaban dinero muy pequeño; llevaron los tamales bien pequeños; llevaron hasta el mole en una olla bien pequeña; llevaron, creo, tortillas también. Pero las cosas dicen que las hicieron bien pequeñas las tortillas, y después... ¡ah!, y que les advirtió el curandero que tenían que ser rodeados. El que se metiera, que tenía que ser rodeado de víboras, de culebras, pero que dijo que haga de cuenta que eran lombrices y que no se fueran a defender y que ni discutieran, ¿por qué?: porque dicen que se iban a quedar allá también encantados por discutir, por no estar de acuerdo. Aunque la vieran difunta que allá estaba viva y todo, que no le dijeran nada, no le hablaran, que allá la dejaran, que solamente el curandero sabía con quién la iba a pedir.

Y después dice que la fueron a pedir y que ya no la dieron, que era demasiado tarde porque dicen que ya no la querían allá, en su casa de ella no la querían. Pero el curandero fue a lucharle para que la regresaran, porque tenía todavía sus niños pequeños y estaba sufriendo mucho ella también por el dolor de los ataques

y la fiebre que le agarró. Entonces dice que ya no le regresaron, y dice que salió el señor José y mi tío Nicolás. El que lo estaba contando bien es mi tío Nicolás porque él se metió. El curandero se murió, la señora se murió también, ya no la regresaron, ya no la dejó el hombre... el aire, que porque había muchísimo hombre bien... bien parecidos, muy güeros güeros los hombres y las mujeres señoritas también. Por eso dice que el señor de esta vida que iba ir allá a que se metiera, que no discutiera porque ellos son aires. Ellos no son personas, que estaban ahí como personas; que allí estaba como una feria de alegría, allá; que había mucha alegría allá; que había en el agua como el mundo: había ancianitos, había jóvenes, había niñas, niños, pero todo eso eran a este mundo eran las víboras, pues... los aires.

Después dicen que ya se regresó bien triste el curandero con mi tío Nicolás, y se murió la señora, ya no la regresaron, y el curandero también se murió. Pero esas cosas de aires son bien... ¿cómo te dijera yo? Esas... Dicen que al final de los tiempos, el aire entrega las almas también; así dicen los antepasados. Así me decía mi tío:

— Esa alma, no creas de veras que se va a quedar allí, con el aire; porque también el aire depende de la obra de Dios, y el aire tiene que también dar cuentas de las almas que él avanzó. Él también las va a entregar, porque son almas, son cristianos.

Y ¿por qué?, yo le decía, yo pregunto:

— Bueno, tío, ¿ésas son perdidas ya desde aquí?, o ¿cómo?

Dice:

— No, esas almas dice la Sagrada...

Porque él tenía un libro que dice que se llamaba la Sagrada Historia y que allí lo veía; y que el que aguantaba leer ese libro que entonces allí se tenía, pero dice que cuánta cosa que exageradamente triste de esta vida que está pasando.

*Reyna Estrada García, 45, ama de casa.
24 de septiembre de 2011.*

5. [Las mujeres airecitas]

Les voy a contar un caso que a mí me pasó personalmente en un paraje que se llama Molonca, que es el barrio de La Ascensión, municipio de Zumpahuacán. Fue una tarde en que fui a juntar un poco de pastura allá en ese terreno que colinda con un arroyo, y fui a juntar un poco de pastura para los animales que tenemos. Entonces yo andaba juntando la pastura para que me la llevara y después ya me regresara. En eso, cuando ya me iba casi a regresar, yo sentí como una sombra que me seguía por donde iba y, después, en ese rato yo dije: “¿qué será?”

Entonces, yo dije:

— ¡No me asustes!, ¡yo ya sé que andas ahí!

Pero al decir eso como que sentí si se hubiera enojado más. Entonces ya había ajustado la pastura que yo me iba a llevar y la eché al hombro y me subí para arriba, porque en el terreno que estaba yo era más abajo, tenía yo que salir por el lado de arriba. Me subí y después, ya cuando iba llegando cerca, como a mitad del terreno, más sentía yo que me seguía más, más cerquita. Entonces, yo le dije:

— Ya me voy, no te enojés, no creas que me voy a quedar aquí, ya me voy para mi casa, ahí quédate, cuida.

Ya después, cuando iba yo a llegar a la tranca para salir del terreno, bien sentí que se quedó esa sombra, pero no era de una persona nada más. Yo bien siento que eran como tres mujeres; yo sentí su sombra como que eran de tres mujeres y hasta como que si las hubiera visto o presentido. No sé cómo explicar, que eran de color, morenas así como que las vi o las presentí o no sé cómo explicar esto; pero esas mujeres, según se dice por ahí, que en esos arroyos que pasan cerca del terreno — porque son dos arroyos que se juntan ahí en nuestro terreno — que según esos arroyos son como lugares donde se encuentran esos seres que fueron en un tiempo personas y que ahora después de muertas se convirtieron en airecitos que cuidan el arroyo.

Y pues ahí yo pienso que eso tal vez haiga sido: que esas personas cuidan ahí en ese terreno donde pues es nuestra propiedad.

De ahí donde yo dije que me siguieron hasta sacarme, pues, del terreno, yo bien sentí que de ahí se regresaron y yo me fui para el otro terreno donde tenemos los animales. Pues eso es todo lo que sentí, lo que percibí, pues.

*Adela Mérida Salinas, 44 años, ama de casa.
7 de agosto de 2011.*

6. [Los aires y las tormentas]

Bueno, y el mismo señor era muy historiador, ora ya falleció pero yo lo conocí muy bien. Era muy historiador y él me contaba otras historias más que me dejaban bien admirado y con simpatía; el señor Luciano, el difunto Luciano Brito Olivares. En una ocasión me estaba platicando por ahí, estábamos trabajando ahí en la milpa, andábamos beneficiándola, y me iba platicando y platicando tocante a los aires, que por qué en veces todos nos damos cuenta que cae el agua con hartos truenos, harto viento, si es posible hasta granizo o aguaceros muy fuertes. Y él me dijo que cae así el agua que porque los que andan trabajando, los que andan regando, los que andan formando las nubes, los aigres, que andan bien enojados que porque son jóvenes y que se la pasan parrandeando toda la noche, por ahí tomando y se embriagan y todo eso, y hasta con chamacas andan por ahí en la noche.

Entonces, cuando llegan a su casa, ya bien desvelados y briagos, sus papás los regañan y los corren a trabajar, y ya cuando ellos se van, pero de mucho coraje, se ponen a trabajar y ahí están, forman las nubes, hasta se van arrastrando en los cerros, y unos tronidazos, unos aguaceros, unos ventarrones. Y ahí andan ellos trabajando pero completamente enojados y desvelados, y todavía briagos. Y, entonces, él me dijo:

— Así son. También allá en su reino de los aires hay de todo.

Y, entonces, pues yo como no sé, pues nomás me daba qué admirar y me simpatizaba; pero dice que así es. Bueno, está bien, si es así, pues está bien. Y, la mera verdad, como que sí lo creo

porque de todas maneras todos como seres humanos y como también los espíritus tienen su trabajo y así jue.

*Donato Medina Torres, 73, campesino.
23 de julio de 2011.*

7. [El señor que enmudeció por los aires]

Bueno, voy a contar lo que le pasó a mi abuelito, que ya tiene mucho tiempo, pero sí le sucedió. De que fue una mañana que se levantó y que iba al baño; bueno, fue y llegando nadie lo vio y se fue a acostar, pero que dijo mi papá:

– Oigan, ¿y su abuelito?

– Fue al baño.

Según vieron que salió al baño, pero nadie se enteró de que ya había regresado y que se había ido a acostar, sino que a dónde iría. Que después alguien dijo:

– Vayan a ver.

Entonces se fueron a asomar allá donde dormía y van viendo que está acostado. Se arrimaron y le hablaron, y él no se movía, no se movía y nomás se nos quedaba mirando. Después dijeron: “¿Qué es lo que tiene?”. Y le hablaban, le gritaban que qué le había pasado y no nos contestaba. Ya después a mi abuelita le gritaron y le dijeron que lo fuera a ver que qué era lo que le estaba sucediendo, y lo mismo. También ella le decía:

– ¿Qué es lo que tienes? ¿Qué es lo que sientes? ¿Qué te duele?

Y no le contestaba, nomás se le quedaba viendo. Entonces ahí nos dimos cuenta que estaba mal. ¿Qué es lo que le había pasado? Pasaron unos días así, después ella pensó:

– ¿Qué no le agarraría el aigre?

Después, en ese tiempo estaba una señora que según curaba de eso de los aigres. Después decidieron ir a ver a la señora para ver qué le podía hacer a mi abuelito. Entonces llegó y le dijo que qué le pasaba, y lo mismo: nada más se le quedaba mirando y no le podía contestar. Entonces dijo ella:

— ¿Saben qué? A este señor le agarró el aigre, pero necesito ir a hablar con los aigres para ver si todavía lo dejan, o qué es lo que quieren, qué es lo que piden para que lo puedan dejar, porque él ya no está aquí; aparentemente está su cuerpo, pero ya no, ya está allá con ellos, por eso ya no nos oye, ya no nos habla; ya está mudo, ahorita está mudo, por eso no puede hablarnos, a él ya se lo llevaron; pero si todavía no lo casan [los aires] tal vez me lo regresen.

Y que, según ellos, que los casan allá con una aigrecita que le gustó el señor. Entonces fue la señora a hablar y dijo:

— Espérenme, ahorita voy a hablar con ellos para ver qué es lo que arreglo con ellos.

Se fue, y está una poza muy grande también aquí en Zumpahuacán, que en esa poza en ese tiempo existía porque ahora ya no está como antes estaba, porque ya con el paso del tiempo ya no se ve como en aquel tiempo. Era una poza muy... hasta oscura se veía, grande, y decían, pues, de que a esa poza le habían puesto por nombre La Tragalona, que porque se tragaba las cosas y esa poza está en el barrio de Ascensión, aquí en Zumpahuacán.

Entonces esa señora fue a preguntar en esa poza y les dijo que qué es lo que querían, qué es lo que podía ella darles para que le regresaran al señor. Entonces dijo que, según ella nos contó, que les dijo los aigrecitos qué, pues, ellos querían, que si lo regresaban, porque todavía no lo casaban; pero [los airecitos] que lo querían casar con una muchacha que estaba ahí, pues, yo creo. Se supone que también son de las que se llevan así a base de que las enferman de aigre y se mueren, no los cuidan, no los curan, se mueren; y se van, según se cuenta, se van para allá con ellos. Esa muchacha querían casarla con ese señor. Tons, como dijo que todavía no estaban casados, que sí se lo iban a regresar, pero que ellos querían que les pagaran, y que ellos querían una fiesta. Tons ya regresó la señora y nos dijo qué es lo que pasaba, que querían fiesta y que les pagaran, y les dijo:

— Pues ahora ése es el trato y eso lo vamos a hacer mañana. Lo vamos ir a dejar a las doce del día. Quiero que, por favor, se apu-

ren, que hagan... Quieren [los aires] mole, tamales, tortillas calientes.

Y que quieren también doce — en aquel tiempo eran jarras — unas jarritas que era de barro, que querían cántaros, les decían en aquel tiempo “cántaros de tepache”. Y entonces también así es lo que nos dijo la señora, que querían también eso que les diéramos. Entonces al otro día después la señora llegó y nos dijo que si ya estaba todo hecho.

— Sí.

Que querían mole, tamales, tortilla. Todo hicimos, pero todo miniatura, chiquito, los tamales también así chiquitos les hacíamos. Las tortillas nada más se hacían con las yemas de los dedos. Ella trajo los cantaritos que dijo que de tepache. Y el tepache se prepara de piloncillo y con naranja, es lo que se le echa, y miel, y el que quiere le pone pulque. En aquel tiempo esa era la bebida que daban cuando pedían una muchacha. Entonces en esa vez que eso pasó, que eso pedían. Y la señora ya llegó con todo, con los cantaritos que se tenían que preparar y que pues querían, ellos querían seis cantaritos de tepache; y trajo una tapaderita chiquita, también así pura miniatura, para los tamales. Y también trajo para las tortillas, también ya sus platitos de barro que trajeron que porque querían una fiesta para que lo dejaran al señor, y dinero también trajeron, pero de monedas antiguas. Tenían que darle, pagarle al aigre para que lo dejaran al señor, y quería la fiesta.

Ya estaba todo, el mole y todo, y fuimos a ayudarle a la señora a que lo llevara a esa mentada poza Tragalona, que porque eso querían. Se fue la señora y ya nosotros nos quedamos lejecitos y nos dijo:

— Ahora aquí me esperan, yo voy a dejar lo que piden los aigres. Les voy ir a pagar. Ya me dijeron que me lo van a entregar, que ya no lo van a casar con la muchacha, que me lo van a dar.

Y para esto ya lo había curado ella desde el día anterior, y desde ese día que fuimos a dejar la comida también ya lo había pasado a curar, porque le dijeron que ellos querían a las doce del día la comida. Y entonces también ese día que le fuimos a dejar

la comida, se quedó mi abuelita cuidando a mi abuelito, porque no lo podíamos dejar solito, y le fuimos a dejar la comida y así nos quedamos lejos, y la señora se fue a dejarle la comida a los aigrecitos. Ya que se regresó, ya que salió de ahí de ese lugar donde estaba la poza, nos dijo:

— Ahora sí, vámonos. Ya hablé con ellos, ya dijeron que sí, que lo van a dejar, que ya no se lo van a llevar, que ya no lo van a casar. Así es que el señor va a vivir, sólo que le vamos a tener que hacer unas cuantas limpias por lo mismo de lo que le pasó.

Pero eso fue cierto porque ya después, fueron tres días después de que fuimos a dejar la comida; vino todavía tres días la señora a curarlo, a mi abuelito. Y tenía su boca chueca, se la hicieron su boca chueca por un lado. Le habían hecho su boca y no podía hablar, su boca estaba muy chueca, no podía hablar, mudo se había quedado de aquel día y no podía contestar, ni se movía. Taba tieso tieso, no se podía mover y con todos los remedios que trajo la señora, que supuestamente eran para eso, para librarlo de los aigres, pues sí, sí dio resultado porque después ya pasó de que se alivió como a los tres días de que le estuvo curando.

Ya su voz... empezó a hablar, ya nos empezó a platicar que cómo le había sucedido. De que también él nomás se acuerda que fue al baño, y que de ahí del baño cuando él regresó ya no podía hablar, ya no podía escuchar. Empezó de que ya también así de lo de la vista que le empezó a fallar, ya no veía bien. Y que después de eso ya no se acuerda nada... ¿Qué es lo que le sucedió?, ¿qué es lo que le pasaba? Dijo que ya no se acuerda qué es lo que le pasó, pero sí se alivió ya después de lo de su boca. Pasó muchos días para que le hubiera regresado al lugar normal donde tenía que regresar su boca. Pero sí, se alivió. Y eso fue de que le agarró el aigre.

*Adela Mérida Salinas, 44 años, ama de casa.
7 de agosto de 2011.*

8. [El espíritu de las grutas]

Hay un niño en mi escuela que se llama Samuel y se dice que su papá murió, murió cuando estaba chico Samuel; pero su espíritu se lo llevaron los aires a las grutas de Cacahuamilpa. Entonces se dice que el señor se aparece con un caballo blanco y alto, y se dice que hay muchos, muchos espíritus empautados.³ Entonces, en su cuarto, antes de morir les dijo que nunca abrieran su cuarto, y una vez alguien, por curiosidad, le abrió su cuarto, pues se dice que en la mesa estaba una culebra enredada en un ataúd, entonces, al abrir la puerta, la culebra se desapareció. Entonces se dice que hasta ahora tienen una culebra que les echa dinero.

*Germán Vásquez Hernández, 12 años, estudiante.
23 de febrero de 2008.*

9. [Atanasio y el Rey]

Yo sí hablé con su hermana. Estábamos en los cacahuates cuando empezamos a platicar y le pregunto:

—Oiga, ¿usted es la hermana de Atanasio, el difuntito?

—Sí, yo soy.

—Oiga, ¿por qué no me platica un poco de eso de que tamos comentando el día de hoy?

Y sí, de veras tuve la ilusión de estar... En ese ratito pasaron a llegar los compañeros que estaban cerca y le dijimos que nos platicara si no ese día, otro, pero queríamos que nos contara. Ese día ya era tarde, pero al otro día nos contó:

Mi hermano Atanasio era el sacristán de la iglesia y donde se quedaba escuchaba una voz. Él decía que le hablaba una persona,

³ Este adjetivo se refiere a la persona que ha hecho pacto con el diablo. Está registrado en el *DRAE* como palabra hondureña.

pero nunca veía nada; él buscaba por dentro y fuera del cuarto, pero no encontraba a nadie. La voz que oía le decía:

—Atanasio, soy yo, no te vayas a espantar, ¿no me ves a dónde estoy?, aquí estoy arriba de ti, ¿sabes quién soy? Soy el Rey, quiero hablar contigo: yo... mi pueblo, es el Pueblo Viejo y mi esposa, mi reina, la tengo en La Malinche. Mira, lo que yo quiero es que le digas a tu pueblo que necesito un niño de doce años que no esté bautizado porque me quiero renovar.

Él le platicaba al padre y a sus amigos que oía una voz:

—Yo escucho una voz aquí en esta pared, que dice ser el Rey. Esa voz me dice: “no te vayas a espantar, a las cinco de la mañana cuando subas tú a tocar las campanas allí voy a estar, quiero una repuesta”.

Atanasio subió al campanario a las cinco de la mañana para tocar las campanas y por el camino se iba acordando de la voz que escuchó, llegó, y al tocarlas no sonaron, el Rey estaba en ellas y le dijo:

—Mira, Atanasio, soy yo el Rey de aquí de Zumpahuacán; estoy convertido en una culebra y las campanas no suenan porque estoy enroscado en ellas. Quiero que mañana reúnas a tu pueblo y les platicues, te van a tomar a loco, que les voy a entregar la campana que está en Pueblo Viejo y a cambio quiero un niño de doce años, porque me quiero renovar. No vayas a mirarme porque te vas a asustar.

Atanasio por curiosidad volteó y vio un semejante culebrón, pero señor culebrón; era culebrota, y dice que vio cómo empezó así, así [con el dedo índice hace un espiral simulando el movimiento de la culebra al desenredarse de la campana] y se desapareció, se fue al aire en forma de remolino, se fue... se fue [levanta el dedo pulgar de abajo hacia arriba para dar a entender que la culebra se alejaba].

Atanasio era un señor humilde, sin pleitos, no tomaba. Les platicó las órdenes del Rey al padre, a su familia y a sus amigos, pero todos lo tomaban a loco. Ante tanta insistencia el pueblo lo escuchó y se fueron al Pueblo Viejo. Mucha gente creyó en él, mi papá fue, tu abuelo, todos fueron aquí, hartos dan fe.

Rascaron un agujero cerca del guaje y fue entonces cuando llegó un remolino y se metió en el agujero. Atanasio oyó una voz que le decía:

—Escuchen a Atanasio y escúchenme a mí, les pongo las campanas de oro en el campanario a cambio de un niño de doce años, porque me quiero renovar, reencarnar; además les doy toda la

riqueza que quieran: agua, tesoros, se los pongo encima para que los encuentren. Ora, si quieren ayuda, les puede auxiliar mi reina que está en La Malinche, sólo háganme ese favor tan grande que le pido al pueblo y tendrán todo lo que quieran.

Ya se veían las orejas de la campana, entonces empezaron las envidias con Tonatico, porque las tierras pertenecían a un señor de allá, pero las campanas, por mandato del Rey, deberían ser para Zumpahuacán. Por esta envidia se hundió la campana y los pobladores se desesperaron y se vinieron.

Días después, Atanasio volvió a escuchar la voz:

—Hermana, oigo la voz que me dice: “Atanasio, escúchame, quiero que trabajes por mí, consigue, por favor, el niño sin bautizar, si no lo haces te voy a llevar en cuerpo y alma”.

Mi hermano Atanasio a fin de todo falleció, porque lo molestaban en el campanario. Lo velábamos cuando se oyeron unas cadenas, después pasó un remolino y se vio un perro grande, como nunca se ven, con los ojos grandes y con una cadena, en ese momento el Rey se llevó a mi hermano en cuerpo y alma, sólo desapareció.

Y sí fue cierto todo eso porque lo manifiesta su mera hermana.

*Benito Silvano Mendiola Mérida, 54 años, campesino.
13 de abril de 2008.*

Bibliografía citada

- CASANOVA, Leobardo, 1999. *Zumpahuacán. Monografía municipal*. Toluca: Instituto Mexiquense de Cultura.
- HERNÁNDEZ RODRÍGUEZ, Rosaura, coord., 1997. *Zumpahuacán. Cuadernos municipales 10*. Zinacatepec: El Colegio Mexiquense.
- INEGI, 2010. XIII Censo general de población y vivienda. En línea: <http://www.beta.inegi.org.mx/proyectos/ccpv/2010/>
- LÓPEZ AUSTIN, Alfredo, 1990. “Tamoachan y Tlalocan. La cosmovisión en Mesoamérica”. En *Temas mesoamericanos*, eds. Sonia Lombardo y Enrique Nalda. México: INAH / Conaculta, 476-488.